

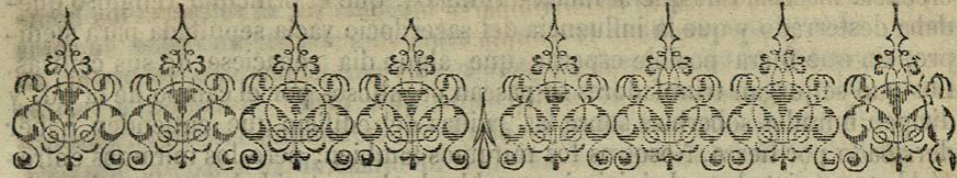
dora, vaticinamos que ésta, como todo árbol malo, sólo traería malos frutos, y que estos frutos serían el envalentonarse las gavillas, el retraerse los hombres de bien, y por resultado la complicación de entrañar un orden de cosas que prescindien de sus naturales sostenes, y fia para cimentarse en juntar en torno suyo los elementos que conspiran á destruirlo. Concisos y francos siempre, dijimos entonces reasumiendo: "Los hombres de bien apetecen que siga la política señalada en las actas de creacion del Imperio, abandonándose la del partido derrocado, sin el Imperio y contra el Imperio." Esta franqueza nos valió la segunda advertencia y la suspension por un mes; prueba esta desgracia, que antes de ser conocidos los efectos de tal política, los supimos predecir; como los hechos presentes prueban, que no anduvimos alejados de la verdad en nuestras sensibles predicciones.

Hacemos estas memorias, para que nuestros lectores que también las han hecho sin duda, comprendan cuántas esperanzas estaban cifradas en la cesacion de la política que se estrenó con herirnos á fines de 64. Los rumores divulgados de algunos dias atras, daban creces á estas risueñas esperanzas; pero no reconocian base formal, y no se tocaba el punto en que el cambio de política se convirtiese de esperanza amable en hecho realizado.

Mas ayer la *Erá* nos anuncia que reconocen fundamento las voces circuladas; habla de un cambio ministerial, que dejaria la cartera de gobernacion en manos del Sr. Marin, pasando á fomento el Sr. Zalazar Harrégui; habla también de la próxima publicacion del plan de hacienda, de la reorganizacion del ejército, de la creacion de fuerzas volantes que sustituyan á las guardias rurales, y en fin, de una vasta combinacion que junte á los hasta hoy retraidos en torno del trono; los consejos frecuentes á que el emperador ha convocado frecuentemente á los ministros, parece que han tenido por objeto principal el éxito de esta combinacion política verdaderamente bien inspirada. Para el que busca la verdad de buena fé y la encuentra, aunque la generalidad se desentienda de ella, si no és que la niega, es la satisfaccion mas grande cuando esa verdad resplandece, señalarla sin jactancia vana, y presentarla como prenda de lealtad y despreocupacion en el juicio de los hombres y de las cosas. — *Páj.* En todo esto no vemos que se anuncie un cambio en lo sustancial de la política.

SUICIDIOS Á LA INGLESA. — Leemos en un periódico extrangero: "Inglaterra es sin duda el país clásico del suicidio; pero tambien es de admirar en él ese espíritu inventivo de cuantos quieren salir de este mundo de distinta manera que la mayoría de los mortales.

Hé aqui de qué modo acaba de suicidarse un hijo de Alboin, empleando una máquina extraña, semejante á una guillotina, que habia construido al efecto. Adhirió un hacha á uno de los barrotes de su cama; derribó el lecho y colocó un banco para recostarse á la altura del hacha. En seguida ató una enorme piedra á una cuerda, de suerte que al cartar esta, caía la piedra sobre el hacha que, gracias á este peso, podia cortar una cabeza. Todo le salió á medida de su deseo, y el inventor no hizo mas que una prueba de su máquina.



EL SACERDOCIO CATOLICO. (I)

Ha héchose por desgracia, comun y frecuente en nuestro siglo y en la sociedad en que nos ha tocado vivir, desconocer lastimosamente la importancia del sacerdocio católico, que apenas, mirado en cierta sarcástica compasion, merece algun recuerdo glorioso por un pasado, y será digno de algun elogio por su utilidad en el origen de su nacimiento y su conveniencia en los primeros años de su existencia. Por lo demas, hoy que el espíritu humano marcha con asombrosa rapidez por las vias del progreso, hoy que la libertad del pensamiento ha reevindicado sus derechos ultrajados, que la luz de la razon ha tocado un grado supremo de esplendidez, y que las ciencias derraman por do quiera sus fulgores, y que al auxilio de tan poderosos elementos van creándose una nueva moral que sustituye el principio de la utilidad al del deber, y una nueva religion que no fija la manera de ser de las relaciones entre el Criador y la criatura; hoy que todo esto pasa, el sacerdocio es una especie de gangrena que corroe las sociedades, una lepra que mancha el mundo y un enemigo que, herido ya de muerte, debe espirar á manos de la reforma que ha jurado su exterminio y que ve con placer las convulsiones de su agonía.

Mas de tres siglos ha que se ha empeñado una lucha tenaz contra el principio religioso y contra la influencia del sacerdocio, y cada uno de esos siglos ha dejado su herencia al siguiente, siendo la que tocara al nuestro, la

(1) No concluye por ahora el artículo sobre Biblias protestantes, por enfermedad del redactor que se encargó de él.

BIBLIOTECA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

U. N. A. U.

creencia insensata de que la lucha terminaba, que el principio religioso quedaba desterrado y que la influencia del sacerdocio yacía sepultada para siempre, sin que fuera posible esperar que algún día renaciese de sus cenizas. Los que se juzgan triunfadores se pasean orgullosos por el campo de la lid, y dirigen miradas soberbias sobre las ruinas del edificio que entienden haber derribado por tierra. Nosotros los miramos también; pero los miramos entregándose maniatados al juicio inexorable de la posteridad: sus pupilas sin luz, sus mentes ciegas, sus inteligencias delirantes, no les permiten ver ni comprender, ni apreciar lo que pasa en su derredor.

El sacerdocio católico que perpetúa la misión del Fundador del cristianismo, y su influencia que nace de un origen divino y tiene un objeto necesario en toda época y en todas circunstancias, conservan hoy, como tuvieron ayer, y como gozarán mañana, un vigor inalterable, sin que se debiliten, ni vacilen, ni sucumban, por más rudas y frecuentes que sean las luchas á que se les provoque y los tiros que se les asesten. Cuando menos esto debería ser á los ojos de todos, un hecho evidente, innegable, que se ha dejado sentir á plena luz durante diez y nueve siglos, y que no faltará hasta la consumación de los tiempos, una vez que las causas que lo han producido, y los principios de que dimana, existirán sobre la faz del mundo, entretanto no desaparezca de ella el linaje humano.

El primer elemento de vida de las sociedades, por más que se le desconozca ó se le contrarié, es el elemento religioso, y el sentimiento de la religión profundamente gravado en el corazón de los pueblos, lo hará latir mientras que ellos alimenten un soplo de vida y conserven un momento de existencia. El hombre jamás pudo negarse su origen; y ya oyendo dócil la enseñanza de la revelación, ya siguiendo trabajosamente en medio de mil errores, un rasgo ligero de luz comunicado por una tradición aunque combatida, siempre inalterable, ya siguiendo en otras veces el dictamen de un juicio sano y recto, nunca dejó de conocer que fuera de él existía un principio eterno, un ser de existencia necesaria, un ser esencial. Dios en una palabra, Criador, Conservador, de quien todo procede, por quien todo vive y á quien todo va. De manera, que apenas vino al mundo esta criatura, cuando sintió la relación estrecha que la liga con su principio, y procuró aumentar y crecer los medios de acercarse á Él. Durante algún tiempo se conservaron en esas relaciones la fuerza y la santidad que exige la perfección del Ser Eterno á quien se refieren: después vinieron días tormentosos, borrascas deshechas provocadas por el orgullo, por los vicios, por las malas pasiones, y con dificultad se lograra distinguir en medio de las aberraciones de todo género, de los errores de toda especie, que la idea y el sentimiento de la religión, podía aún iluminar las mentes ofuscadas y purificar los corazones pervertidos.

Más era indispensable disipar tan densas tinieblas, y volver á fijar de un modo tan preciso y tan inalterable, aquellas ideas que se reputaran perdidas quizás, y aquellas relaciones que se juzgaran para siempre extraviadas, que el Dios vivo, el Principio increado, tomó á cargo suya esa obra de regeneración, y se allegó á la criatura que se había alejado de Él, para enseñarla de nuevo los caminos olvidados y conducirla por ellos á su fin.

La misión sublime de Jesucristo comienza sobre la tierra. Misión en que se desarrolla una ley antes desconocida en toda su extensión, la caridad: misión que se cumple por un medio antes inusitado, el sufrimiento. Jesucristo predicó más que el amor á los amigos, prescribiólo á aquellos que nos odian: Jesucristo no volvió solo de su abyección á la raza humana, no solo consoló la miseria implorando para ella la protección del poder y la riqueza, sino que la enaltecíó, la exaltó á los cielos, haciendo del dolor y la desgracia, medios seguros de llegar allá.

Frente á frente de los abusos y de la iniquidad, Jesucristo detuvo á los grandes de la tierra, rompió las cadenas de la esclavitud, predicó la igualdad de las razas, resucitó la moribunda libertad humana, borró los códigos que hacían del hombre una propiedad particular, los derechos que convertían á los pueblos en patrimonio de los reyes. Extinguió el reinado de la fuerza y levantó para siempre el imperio del derecho. Mas ese imperio del derecho levantado por Jesucristo es la ley de la caridad!

Yo os doy un nuevo mandamiento, dice el Señor, que os améis los unos á los otros como yo os he amado; habéis oído que se dijo: amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo; mas yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, porque si amáis á los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No lo hacen así los publicanos? ¿y si no saludais más que á vuestros hermanos, qué hacéis de más? ¿Los paganos no lo hacen también? Sed pues perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.

Toda violación por tanto de la ley de la caridad, es la violación del derecho de Jesucristo, de la ley del Evangelio. Los poderes de la tierra no son más que los ministros de Dios para el bien; y los súbditos de los reyes, no son más que sus hermanos en Jesucristo, sus hermanos por el amor, colocados bajo la protección y la salvaguardia de los grandes, que si quieren ser los primeros entre ellos, deben hacerse servidores de todos. Solo con este enlace admirable y por medio de ese encadenamiento prodigioso, pueden restablecerse las relaciones del cielo con la tierra, y de los hombres con los hombres sus iguales.

El grado heroico de la caridad, el apoteosis del amor es el sufrimiento. "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí: el que guarda su vida la perderá, y el que pierda su vida por Mí, la encontrará. Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se renuncie á sí mismo, que tome su cruz y me siga." Quiere decir que para amar á nuestros semejantes, que para ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos, para observar el nuevo mandamiento que viene á regenerar el mundo, es preciso comenzar por la abnegación, la renuncia de los placeres, de las delicias, del bienestar; y la consagración absoluta al servicio de los otros, aun á costa del sacrificio y del dolor. El sacrificio de todo gozo personal, la lucha incesante contra el mal, el sufrimiento: hé aquí la manera con que debía desarrollarse la ley de Jesucristo. El Hombre-Dios en su enseñanza práctica, recorrió esa dolorosa escala, y no dió por terminada su vida, ni espiró en su afrentosa Cruz, sino cuando hubo apurado el último dolor; cuando pidiendo consuelo en su agonía, una gota de agua que mitigara su sed, sintió empapados los labios en

la hiel y el vinagre que le ofreció en sus postreros instantes aquel mundo sobre que venia á derramar á torrentes la sangre de la redencion.

El misterio de la Cruz, misterio nunca estudiado suficientemente, selló la doctrina y la enseñanza del Salvador, dejando establecidas para la eternidad las relaciones reales, sensibles puede decirse, del Criador y de la criatura. El Sacerdocio de Jesucristo recibió su mas eficaz consagracion en la cumbre del Calvario, y la doctrina que forma la historia de su vida, descendia de aquella altura, derramándose por el universo y haciendo escuchar su eco poderoso en los mas apartados confines de la tierra. La influencia de esa predicacion y de ese sumo sacerdocio, se dejó percibir inmediatamente en la vieja sociedad que se conmovió ante ella hasta sus cimientos mas profundos. Dos motivos producian ese efecto sorprendente: el uno, la novedad de la enseñanza, que venia barriendo por tierra los viejos sistemas filosóficos, la carcomida organizacion social, la corrompida moral pagana: el otro, la conformidad de la enseñanza con las verdaderas necesidades del individuo, de la familia y de los pueblos, que miraron brillar sobre el Gólgota la luz que disiparía las tinieblas, y manar de la Cruz el bálsamo que habia de curar los males que venian aquejándolos de una larga fecha atras.

A la voz de Jesucristo quedaba muerto el derecho que crió la esclavitud; el pobre esclavo que era antes un ser apenas dotado de razon suficiente para distinguirse del bruto, pero nunca para semejarse al hombre libre, volvió á serle igual; y si Platon daba todos los dias gracias á los dioses porque no lo habian hecho siervo, el Hombre-Dios desatando las cadenas de la servidumbre, enseñó á estos infelices, que eran de tan elevado origen y tan noble destino, como el gran filósofo, que en medio de sus bellas teorías y de su feliz república, desconocia con craso error la dignidad humana. La muger, que poco menos que el esclavo, estaba tambien sujeta á un derecho arbitrario y sumergida en miserable condicion, fué objeto de las predilecciones de Cristo, que la declaró compañera del hombre, santificó su union con él y condenó la poligamia y el divorcio, para que fuesen solos el uno para el otro, y en ambos se cumpliese igualmente la ley de la caridad; amándose entre sí y amando la familia nueva con ese amor segun el espíritu, que es el amor predicado sin cesar por el Fundador de la nueva ley.

Esto bastaba para que el sacudimiento de las sociedades fuese ya extraordinario: la restauracion del derecho individual y la nueva constitucion moral de la familia, debian modificar la organizacion pública; y los tronos sostenidos por la fuerza se sentian vacilantes, asi como hechos girones los mantos imperiales, que cubrieron tanto crimen y tanta infamia, como registra la historia aun en los mas bellos dias de la poderosa Roma y la culta Grecia. El poder debió caracterizarse por la conformidad de un ejercicio con la razon: al súbdito se le previno sujetarse á él, porque es preciso obedecer á un poder bienhechor que procura la felicidad comun; y esa obediencia es enteramente racional. Ni pudo ya el poder consagrar el crimen, ni la violencia, ni la tiranía, ni quedar la sociedad al capricho de los que se titulaban dueños suyos; ni á su vez, el capricho de la multitud y los desórdenes de las turbas pudie-

ron traer á merced á los pueblos y á sus soberanos. La ley de la caridad, el amor, es de nuevo la regla y el lazo de esas relaciones.

En el plan divino de la redencion, entró el dejar para siempre instituido sobre la tierra, un ministerio santo, que recibiendo el poder y la gracia de la gracia y el poder de Jesucristo, continuara hasta el fin predicando su doctrina, prolongando, por decirlo así, su mision, y repitiendo el sacrificio del Calvario, para que el amor que inspira ese holocausto, fecundo en bienes y admirable en resultados, siguiera dirigiendo hácia la Cruz la marcha de la humanidad, y llevando á los hombres á la cumbre de la montaña de los prodigios. Ese ministerio ilustrado con la inspiracion del espíritu paráclito vendría á ser el conductor de los pueblos, llevando delante de ellos ardiente y fulgorosa la antorcha de la doctrina nueva de la palabra de Jesucristo; de la fé cristiana. El debía siempre encontrarse en primera linea, combatir en primera fila los abusos, los excesos, la opresion, la injusticia: descubrir el primero á la desgracia para consolarla, á la miseria para remediarla, á la humildad para enaltecerla: ser el primero en el sacrificio, dar el ejemplo del sufrimiento y consagrar la vida y la existencia, con la mas completa abnegacion al servicio de los demas, como la habia consagrado el Salvador dando su sangre por todos. Ministerio enviado al mundo por el Hijo, como el Hijo fué enviado por el Padre y que debía ejercerse por el amor, como por el amor ejerció Jesucristo el suyo.

Tal ministerio fué confiado al sacerdocio católico, al cual se dió toda potestad de enseñanza y se entregaron las llaves de los cielos, para que los abriesen á los que hubieran escuchado dóciles la palabra de salud. Este sacerdocio investido de un carácter divino, resultado de la obra de redencion consumada por Jesucristo, iba á recoger sus frutos, á perpetuar sus efectos, á hacer inalterable su influencia y á aplicar sus méritos en favor de la raza de Adan, que habia caído y se postraba en tierra, abrumada por su ignorancia y su debilidad progresivas, desde la gran catástrofe del paraíso. "Jesucristo vino á restaurar, como lo dijo el Apóstol de las gentes, todas las cosas en el cielo y en la tierra." Los continuadores de ese trabajo de restauracion, despues que concluyó el suyo visible en este mundo el Hijo de Dios, fueron los sacerdotes católicos. (Continuará.)

PASTORAL

SOBRE LAS BIBLIAS SIN NOTAS.

(CONTINUACION.)

Empeñados los protestantes en desacreditar la version que el Santo Concilio de Trento declaró auténtica, os dicen, hermanos míos, que "en la ep. 1. á los Corintios,

“cap. 4. v. 6, suprime el verbo *«no saber»* que quita todo el sentido á la sentencia del “Apóstol contra las tradiciones.” Pero en primer lugar, dan por cierto que el verbo griego que se halla en el original, significa precisamente *«saber»* es decir *«tener ciencia»*; y tal suposición es muy arbitraria (1). En segundo lugar, se desentienden del contexto, del que nunca puede prescindir quien de buena fé busca el sentido en que deben tomarse las palabras del Apóstol ó de cualquier otro escritor sagrado. S. Pablo veía que los de Corinto estaban desavenidos, que habia contiendas entre ellos diciendo cada uno: “Yo soy de Pablo, y yo de Apolo, y yo de Chepas, y yo de Cristo.” Trataba de unirlos á todos en unos mismos sentimientos, y les decia: “¿Qué cosa es Apolo? ¿Qué cosa es Pablo? “Ministro de Aquel en quien creisteis..... Yo planté, Apolo regó; mas Dios es el que “ha dado el incremento. Y así ni el que planta es algo, ni el que riega: sino Dios que dá el crecimiento.” Despues de haber inculcado en los tres primeros capítulos esta idea, tan propia para inspirar á los Corintios la uniformidad de sentimientos, vuelve otra vez en el cap. 4 á insistir en lo mismo, haciéndoles ver que tanto él como los demas trabajadores en la viña del Señor son *«ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios»*; y despues de esto dice al verso 6: “Mas yo hermanos, he representado estas cosas en mí y en Apolo, por vosotros: para que en nosotros aprendais, que, fuera de lo “que se ha escrito [*supram quam scriptum est*] el uno no se ensorberza sobre el otro.” Esto dice la version Vulgata. ¿Varia sustancialmente el sentido del texto esa palabra que en dicha version no se lee? De ninguna manera: [1] todo el contexto está manifestando que en el citado verso sexto se trata, no de toda la doctrina católica, no de todo lo que el cristiano debe saber, sino de un solo punto, relativo á Pablo y á Apolo, de como debían ser considerados por los de Corinto, y se quitasen los motivos de sus discordias. Reflexiónese además, que las expresiones (“*supra quam scriptum est*”) se refieren á lo que ya se habia escrito en aquella fecha, mas no á lo que todavía no se escribía; hablan de pretérito, no de futuro: ¿Y qué! ¿podía ser la mente del Apóstol exhortar á los Corintios, á que no admitiesen otra cosa que lo escrito hasta entonces “*quod scriptum est*”? Suponer tal absurdo seria lo mismo que decir, que S. Pablo mandaba á aquellos fieles desechar todos los demas libros sagrados que aun no se escribían, empezando por la segunda epístola que posteriormente les dirigió.

¡Reprobar San Pablo las tradiciones! Es verdad que desecha las humanas que no sirven mas que para engañar, y de ellas habla á los Colosenses al cap. 2 v. 8 diciéndoles: “Ved que ninguno os engañe con filosofía y varios sofismas, según la *«tradición de los hombres»*, según los elementos del mundo, y no según Cristo.” ¡Pero reprobarlas todas! Tan lejos estuvo de eso, que en su segunda epístola á los de Tesalónica, cap. 2. v. 14. les dice: “Hermanos, estad firmes, y *«mantened las tradiciones»* que aprendisteis, ó “por palabra ó por carta nuestra.” Escribiendo también á su discípulo Timoteo, ep. 2. cap. 2. v. 12, le dice: “Las cosas que *«has oído de mí»* delante de muchos testigos, encomiéndalas á hombres fieles, que sean idóneos para enseñar también á otros.” Bien veis, hermanos é hijos nuestros en Jesucristo, que el Apóstol no dice á Timoteo ni á los Tesalonicenses: *«Instruios en las Santas Escrituras, esta es vuestra regla única, lo que no está escrito no es palabra de Dios.»* Esa doctrina, esas verdades que el Apóstol manifestaba verbalmente, y mandaba se retuviesen con firmeza y se encomendasen á otros que fuesen idóneos para enseñarlas á su vez á otros terceros, esas son precisamente las *«tradiciones»*, es

(1) El texto griego-latino de Scapula da muchos significados al verbo *«σπουδα»*: “Mente et ratio—ne praeditum esse, mentis compotem esse, deliberare, cogitare, in animo habere, sperare, sentire.” Entre estos pone también “*sapere*,” mas tampoco este significa exclusivamente *«tener ciencia»*, sino *«tener sabor, tener gusto, ser prudente, etc.»* En la traslación del Siriaco se le da al verbo griego de que hablamos, la misma significación que al latino *«Sentire»*: “Non amplius de vobis sentire.” En dicha significación está conforme Desiderio Erasmo: “Ne quis de se sentiat.” Y ya se vé que ninguna de las dos traducciones favorece la pretensión de Juan G. Butler.

(1) Para que se vea que no se varia sustancialmente el sentido, pongo el citado verso como lo trae la traslación del Syriaco: “Haec autem, fratres mei, propter vos transtuli faciem, personam meam, et Apollon, ut per nos discatis, *«non amplius de vobis sentire, quam scriptum est, ut ne quis supra proximum efferatur propter aliquem.»* Esto en nada favorece la pretensión de los protestantes, ni tampoco la traslación de Erasmo: “Ne quis supra id, quod scriptum est, de se sentiat,” ni tal omisión varia el sentido del texto del Apóstol.

decir, *«verdades no escritas por alguno de los escritores sagrados.»* De ellas habla también San Juan en su ep. 2. v. 12: “Teniendo muchas cosas que escribiros, no he querido por “papel y tinta: porque espero ir á vosotros, y hablaros boca á boca.” En los mismos términos se explica en la ep. 3. versos 13 y 14: “Muchas cosas tenia que escribirte: mas no “he querido valerme de tinta y de pluma. Porque espero verte pronto, y hablaremos boca á boca.” Es verdad que los protestantes (algunos de ellos) suponen que todas esas verdades enseñadas de palabra, y á las que se refieren San Pablo y San Juan, fueron despues escritas en alguno ó algunos de los libros sagrados; pero tal suposición es arbitraria y carece de todo fundamento.

Esas tradiciones no deben confundirse con los rumores vulgares: son sí, las que constantemente se han conservado en la Iglesia de Dios, las que nos han recomendado los santos padres desde los primeros siglos; aquellas que nos hacen conocer cuales son los libros canónicos y distinguirlos de multitud de apócrifos que aparecieron desde los tiempos apostólicos; (1) aquellas que, como escribia San Ireneo, lib. 3. adversus haereses cap. 3, encomendaban los Apóstoles á las Iglesias que fundaron, y que pudieron mantener la fé en muchos pueblos que carecian de los libros sagrados.

“Dicen también estos enemigos de la fé católica, que la Vulgata en la carta á los Galatas, cap. 5. versos 22 y 23, pone *«doce»* como frutos del Espíritu, figurando en ellos la “*«paciencia en lugar de tolerancia, la continencia en lugar de la templanza, y aumentadas “la longanimidad, la modestia y la castidad, siendo así que las ediciones inglesa, fran- “cesa, alemana, italiana y la española de Valera, solo ponen nueve frutos.»*

De todas estas ediciones, no sabemos quienes sean sus autores ni el crédito que merezcan: la española es la única cuyo autor se nombra y es Valera. Ya os hemos advertido, hermanos é hijos nuestros, que Cipriano Valera es un calvinista, contaminó con el veneno de sus errores la version que hizo. ¡Y esta es al que se nos cita contra la Vulgata! Oponed á la de Valera la traducción de Scio, la de Vence y la de Amat. A la francesa, cualquiera que sea la citada por Juan G. Butler, oponed la del célebre Luis de Carrieres, impresa en Paris, en Tolosa, en Leon, en otras partes, y de la que hace pocos años publicó otra edición Migne en su curso completo de Sagrada Escritura. Y respecto de las otras desconfiad mucho; tened presente lo que os hemos dicho acerca de las versiones trabajadas por protestantes, y el juicio tan desfavorable que formaron de ellas los mismos de su secta.

No se nos oculta que la version siriaca, la de Arias Montano y la de Erasmo, ponen solamente nueve frutos del Espíritu Santo, y que únicamente se conforman con la Vulgata respecto de la *«caridad, gozo, paz, benignidad, mansedumbre y fé»*; pero respecto de los demas, no solo no van de conformidad con la Vulgata, sino que no lo están entre sí mismos: el Siriaco numera la *«paciencia»*, que omiten Erasmo y Arias Montano: estos numeran la *«bondad»*, y aquel pone en su lugar la *«gracia»*. Arias Montano espresa la *«continencia»*, que el Siriaco omite enteramente, y Erasmo pone en lugar de ella la *«templanza»*: este, en vez de la *«bondad»* pone la *«lenidad»*. Y habiendo tanta discordancia entre las otras versiones; ¿qué razon plausible puede alegarse para desechar la lección de nuestra Vulgata? Quizá se nos dirá que nos atengamos al griego; pero los ejemplares griegos tampoco están acordes. El que tuvo á la vista el autor de la version siriaca omitia la *«paciencia»*, y no la omitian los que tuvieron á la vista Arias Montano y Erasmo: el que tuvo Arias Montano numeraba la *«continencia»*, el de Erasmo ponía en lugar suyo la *«templanza»*, y el del Siriaco no hablaba de ella; el de este último nombraba la *«gracia»* donde los otros leían *«bondad»*: el de que hace mérito Butler omite la *«longanimidad»*, que no omitian el de Arias Montano ni el de Erasmo. Si pues los ejemplares griegos están discordantes entre sí,

(1) No han faltado protestantes que admitan la tradición, á lo menos para distinguir los libros sagrados de los que no lo son. De ella dice Burnet, que es como la historia de los libros santos, ó el testimonio que dan de ellos las Iglesias. Kennicott, Ex. Conc. Trid. ses. 4, dice: “Recibimos reverentemente la tradición que pone en nuestras manos los libros de la Sagrada Escritura.” Molano afirma que los protestantes mas moderados admiten no solo que la misma Sagrada Escritura “se deba á la tradición (*«ipsam Sacram Scripturam nos Traditioni debere»*), sino también el sentido “genuino y ortodoxo de la Escritura en los artículos fundamentales; y otras muchas cosas (*«aliquae multa»*) solo por la tradición se pueden conocer.”